

EL ANÁLISIS DE MIGUEL CATALÁN EN SU ENSAYO *LA ÉTICA DE LA DEMOCRACIA. SOBRE LA POLÍTICA DE JOHN DEWEY*

Raquel Díaz Seijas

Universidad de A Coruña

RESUMEN

He escogido este ensayo (*La ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*, Ed. Verbum, Madrid, 2013) para su análisis porque constituye una excelente investigación sobre las raíces éticas y culturales de la democracia a partir del estudio del pensamiento de John Dewey (1859-1952), filósofo y pedagogo estadounidense que desarrolló su teoría de la democracia participativa al hilo de las consecuencias del hundimiento de la bolsa de 1929. Los años veinte y treinta del siglo XX se parecen tanto a estos primeros del siglo XXI que su voluntad democrática puede permitirnos identificar las condiciones de salida para la actual crisis de representatividad.

Palabras Clave: Dewey, democracia, deliberación, participación, experimentalismo.

ABSTRACT

I have chosen this essay (M. C.: *La ética de la democracia. Sobre la política de John Dewey*, Ed Verbum, Madrid, 2013) for this paper because it is an excellent research on ethical and cultural roots of democracy from the study of John Dewey's thought (1859-1952), American philosopher and educator who developed his theory about participative democracy considering the consequences of the 1929 crash. The twenties and thirties of the XXth century are so much like this early XXIst century, that their democratic will can afford us to identify the conditions to exit from of the current crisis of representation.

Keywords: Dewey, democracy, deliberation, participation, experimentalism.

Si bien el propósito del autor, el filósofo Miguel Catalán, no ha sido el de realizar un estudio histórico de la filosofía de John Dewey, nos advierte que tampoco ha tenido una pretensión tipológica, es decir, el emplazamiento de contrastes y afinidades de las ideas de Dewey sobre la vida pública en el actual panorama de la teoría política normativa, sino más bien de comprensión del sentido de la democracia que tenía el autor estadounidense a través de su pensamiento, su biografía intelectual y las condiciones de la época que inspiró sus obras políticas mayores.

Sin embargo, desde mi punto de vista, una lectura atenta de este concienzudo pero ameno ensayo, nos hace reflexionar sobre nuestra deriva democrática actual. Creo que la diferencia entre la “pataleta” de una sociedad adolescente que reivindica un cambio, y la protesta democrática para cambiar la sociedad, radica en la construcción y restauración hacia un mundo mejor. La palabra *crisis* implica no sólo necesidad de derribo de lo anterior sino la construcción de algo mejor; una construcción que restaure, o instaure, de forma más justa, la democracia. Si diferentes movimientos sociales de nuestra actualidad son buenos fotógrafos de la realidad en la cual vivimos, no nos vale conformarnos con el análisis estadístico (cuantitativo y cualitativo) del enojo si este no cuaja en un programa social y político bien fundamentado que se pueda llevar a la práctica. Es decir, con la descripción se tiene que elaborar la prescripción; a la descripción de los males debe seguirle la aplicación de una posible solución, saber lo que debemos hacer para renovar y enriquecer, en este caso, la democracia.

A los nuevos grupos políticos que están surgiendo en estos años, utilizo como ejemplo España, se los tilda, como indicaba en el párrafo anterior, de buenos fotógrafos, es decir, describen de una forma acertada la realidad que estamos viviendo, y son capaces de capitalizar todo el descontento respecto a un sistema bipartidista surgido de 1978 que está completamente agotado; la democracia “concedida” en vez de “ganada” que surge de la muerte del dictador está tocando su fin, y el mapa político está cambiando; pero hay una preocupación general sobre si estos nuevos grupos políticos serán buenos arquitectos que construyan de nuevo, que prescriban, que restauren. John Dewey, tal como nos lo describe el autor del ensayo, era un fotógrafo excepcional, pero también era arquitecto en el sentido metafórico que aquí venimos usando (la metáfora es mía, no del autor). Dewey tenía muy clara la estructura de todo el edificio social y político, y

tenía claro también el método: cartesiano, pragmático, empírico, basado en la racionalidad y la inteligencia democrática donde todas las premisas sociales han de ser evaluadas; premisas que pueden, y ocurre con frecuencia, estar en conflicto entre ellas. La deliberación con los antagonistas, con los contrarios, con los demás arquitectos, por ejemplo con Lippmann, hacían de su pensamiento un ideario de riesgo, pero no de incertidumbre.

Es muy interesante hacer una reflexión, a través del presente ensayo, sobre la renuncia de John Dewey a los estalinismos. De interés resulta también su sentido de utilidad dentro de la filosofía moral y política, y la importancia del análisis de consecuencias; Dewey define el cálculo inteligente como un instrumento cuya finalidad es la misma que el cálculo racional del que nos hablaba Stuart Mill: se trata de la utilidad de la razón puesta al servicio de las mejoras sociales y humanistas. Por esa misma razón, la espontaneidad de lo novedoso es vista por ambos como algo enriquecedor. También resulta sustancioso en este ensayo analizar cómo trata Dewey los sentimientos de egoísmo y de altruismo no como elementos contrarios, sino como un continuo evolutivo que nos acerca a otro filósofo anterior, y que también nos ayuda a comprender nuestra sociedad, me estoy refiriendo a David Hume. Dewey reflexiona sobre el respeto a las individualidades culturales, sin que se minusvaloren los elementos que se comparten o los que se deben compartir, lo que nos lleva a replantearnos, si estamos atentos a la lectura, una defensa del liberalismo ilustrado frente a los neoliberalismos actuales. Estas cuestiones, que Miguel Catalán nos va detallando en el estudio sobre Dewey, son pilares necesarios para la fundamentación ética de la democracia.

Con la pretensión de discernir el ideal democrático de John Dewey, el Profesor Miguel Catalán perfila en el capítulo I. “Trazado de una vida”, una breve biografía personal y académica que nos ayuda a comprender mejor su relación con la política. Será en el capítulo II. “John Dewey y la política”, donde se analiza con detalle el instrumentalismo, es decir, el pragmatismo de Dewey, que mantiene que las ideas son herramientas o instrumentos mentales para comprender el mundo *con la intención* de afrontar los retos que este impone al sujeto. Las ideas, entendidas siempre en un sentido amplio que acoge a las hipótesis o las teorías, no se producen por amor abstracto a la razón, sino en respuesta a las perentorias dudas y dificultades suscitadas por el medio en que vivimos. Tales ideas funcionan como planes de acción respecto a un problema determinado: si la experien-

cia futura las corrobora al resolver el problema que las produjo, reciben entonces un apoyo confirmatorio. La confirmación aportada por la experiencia nunca es definitiva, sino siempre provisional, pues Dewey sigue la línea pragmatista marcada por Peirce en virtud de la cual las ideas son sólo respuestas provisionales contingentes, y la psique se encuentra naturalmente orientada a la acción. El acto mismo de conocer expresa una acción orientada a resolver dificultades.

Otro nombre que se aplica al pragmatismo de Dewey es el de experimentalismo, por el énfasis puesto en la validez del método científico para afrontar las cuestiones prácticas tanto personales como colectivas. En *How we Think*, señala que el pensamiento integral y efectivo sólo es posible cuando se utiliza de alguna manera, siquiera rudimentaria, el método experimental basado en la hipótesis, la prueba y el error. En tal sentido, seguía también la senda abierta por Pierce, quien consideraba el método de la ciencia moderna el estadio más alto de la lógica. Aplicado a las ciencias sociales y políticas, el experimentalismo expresaría la necesidad de ensayar o poner a prueba nuevos métodos y soluciones que resuelvan los cambiantes problemas de convivencia. De esta forma, Miguel Catalán nos explica que para que funcione en la esfera política el método experimental que Dewey denomina, simplemente, “método de la inteligencia”, es necesaria una opinión pública informada y consciente en el marco de la democracia como forma ético-política de relación humana. Dewey precisará que la educación tiene la inmensa responsabilidad de formar ciudadanos competentes para crear instituciones democráticas mediante el cultivo de la inteligencia social; de crear cierta clase de sociedad cultivando cierta clase de ciudadano. John Dewey es quizás el primer filósofo en vindicar sin fisuras la democracia como el único sistema político que respeta la dignidad del hombre y le permite ensanchar de forma paulatina su capacidad de elección. Defendió con vehemencia no sólo el ideal democrático, sino la fortaleza de las democracias de hecho frente a otras formas de organización social que fían su suerte a la disciplina, la rigidez de estructuras, la figura del líder o el culto a la tradición. Señaló al respecto que la democracia es no sólo un fin, sino también un método, y que una dictadura temporal para conseguir una democracia más plena no dejaba de ser una contracción en los términos.

Desde su matrimonio con Alice Chipman y ya a finales del siglo XIX, Dewey contribuyó a las tareas del centro social de acogida *Hull House*, fundado por la socióloga feminista Jane Addams cuyas ideas

influirían en el activismo de reconstrucción social del filósofo. Dewey se fue convirtiendo en un hombre cada vez más interesado por los problemas sociales y tomó parte en distintas campañas políticas: a favor del sufragio femenino en 1911, contra el militarismo de Theodore Roosevelt en 1912 a favor de la intervención en la Gran Guerra en 1917. En 1905 se constituyó en miembro fundador de la *Teachers League*, el primer sindicato de profesores de la ciudad de Nueva York, colaboró con la *New School of Social Research* para ayudar a los profesores despedidos por sus críticas a la intervención de Estados Unidos en la Primera Guerra Mundial; en los años treinta presidió el *People's Lobby* y la Liga para la Acción Política Independiente, que intentaban crear un tercer partido político en Estados Unidos a la izquierda del Partido Demócrata; contribuyó a fundar en 1933 la *University-in-Exile*, un refugio académico que acogió a investigadores perseguidos en sus países de origen por razones políticas. Este activismo explica en parte la mengua de su dedicación a los aspectos más formales de la ética. Miguel Catalán detalla aquí cómo durante los años veinte, treinta y cuarenta del siglo XX, los filósofos norteamericanos, y no sólo los pragmatistas, ejercieron en buena medida lo que ha denominado Richard Rorty el liderazgo moral del país.

Una vez presentados su ideario político y la relación con el desarrollo metodológico de su pensamiento, el autor analiza en el capítulo III. "Condiciones morales, sociales y educativas de la democracia", como el título ya indica, las condiciones morales, sociales y educativas de la democracia en la teoría política de Dewey. El interés se centra en la crítica a los dualismos en los tres ámbitos: moral, sociológico y educativo; los dualismos son falaces y han de ser superados en una sociedad democrática. Miguel Catalán expone la definición que hace Dewey del dualismo, como aquel seccionamiento artificial de la realidad, que es en sí misma continua e integrada, en dos partes opuestas y heterogéneas que supuestamente la explican, pero que de hecho la convierten en inexplicable: las dicotomías entre naturaleza y cultura, cuerpo y alma, ser y devenir o sujeto y objeto.

En este capítulo, el autor se propone analizar los tres dualismos con el fin de entender las soluciones propuestas por Dewey para su eventual superación en una sociedad democrática:

El dualismo moral estaría representado por la oposición entre las nociones de "egoísmo y "altruismo" que parten del erróneo aislamiento del yo respecto a la comunidad. El egoísmo puro de este yo estrecho y desnudo adquiere su crédito en las grandes naciones mo-

dernas tras el declive de la solidaridad orgánica que operaba en las comunidades tradicionales. Este repliegue huraño a la conducta que se pone de espaldas al mundo acontece de forma exclusiva en ciertas teorías económicas o políticas modernas. Por otro lado, Dewey considera moralmente inaceptable el altruismo puro, no sólo porque en la vida real no existe, sino porque de existir atentaría contra la propia existencia, el valor más respetado y respetable, es decir, más inmediato e incontrovertible. La fase actual en el desarrollo de las ciencias sociales habría permitido dejar atrás el voluntarismo y el individualismo extremos, los cuales surgieron, según Dewey, con la finalidad de contrarrestar el peso medieval de las instituciones. Es preciso, no obstante, un ajuste de la balanza que nos recuerde la imposibilidad de ser feliz en la desgracia de los seres queridos y, en general, de la comunidad. Y ello no procede de un virtuoso *deber ser*, sino del ser social del hombre que se manifiesta en las ineludibles dimensiones afectiva y volitiva. Este aspecto de la teoría moral se puede detectar en el giro normativo hacia el equilibrio antiguo entre placer y virtud, o, lo que es lo mismo, la armonía entre la persecución de los fines propios y la observancia de las reglas comunitarias. De la lectura de *Ethics* se desprende que al pasar por alto el interés ajeno estamos actuando contra nosotros mismos de forma indirecta.

Miguel Catalán nos muestra cómo el modo de superación de esta dicotomía entre egoísmo y altruismo ha de pasar, en el planteamiento de Dewey, por el valor de la experiencia compartida cuya consecuencia política es la democracia y por la superación de un dualismo, en sentido lógico, previo: el que se da entre individuo y sociedad.

El segundo tipo de dualismo sobre el que reflexiona Dewey es el de individuo y sociedad: a esta dicotomía que representarían políticamente las teorías del liberalismo y el anarquismo individualistas y las doctrinas del iusnaturalismo y el contractualismo, Dewey opone los descubrimientos de la psicología social, en cuyo desarrollo colaboró durante su época de profesor de Chicago, y cuyo mayor impulsor fue George H. Mead con su tesis de la formación social del yo a través del lenguaje como proceso simbólico. Explica que los individuos humanos nunca se presentan aislados sino en compañía; y dado que la individualidad y la personalidad representan una parte del proceso surgido en el seno de un grupo social dotado de determinados lenguaje y cultura propios, es en la cultura y lenguaje transmitidos a través de la educación donde estriban las posibilidades de la mejora individual. La vida meramente individual es para Dewey una fanta-

sía: la existencia humana supone, *per se*, la *copresencia* existencial que él denomina *togetherness*.

Para superar este segundo dualismo, Dewey defiende el aspecto social del yo. Aquello que es cada individuo emerge de un fondo de significados de carácter cultural transmitidos lingüísticamente. Por otro lado, en Dewey el lenguaje no es un espejo lingüístico, sino un instrumento para la cooperación: “El corazón del lenguaje no es la expresión de algo antecedente, y mucho menos de pensamiento antecedente. Es comunicación; el establecimiento de cooperación en una actividad en la cual hay compañeros”. Reafirma así la concepción de la sociedad como matriz que genera no solo el hecho lingüístico, sino la afectividad y la emoción vinculadas a la experiencia ética: en “The Ethics of Democracy” mantiene que la sociedad y el individuo son realmente orgánicos el uno respecto al otro. La forma social de la vida humana implica un flujo moral, emotivo e intelectual que impide la separación completa de los individuos que la forman.

Miguel Catalán nos explica en este apartado cómo para entender el valor de la experiencia compartida como fundamento de la fe que profesa Dewey en la democracia es precioso captar el sentido orgánico y, en cierto modo, místico de pertenencia del individuo a un todo superior en los órdenes cronológico, funcional y axiológico, tal como mostraría la vida diaria de esta aldea en la que el dolor se transmite de un vecino a otro “no forzosamente por el habla”.

La experiencia compartida se constituye así en un valor social y a la vez religioso. Miguel Catalán reflexiona sobre cómo para Dewey la función religiosa ya no puede radicar como antaño en la religación con lo sobrenatural, sino en el impulso hacia una integración del individuo en la esfera ética de la comunidad o, utilizando los términos de Wilfrid Sellars, en la ampliación indefinida del sentimiento del nosotros. Recalca Miguel Catalán que a Dewey no le interesaba en absoluto la eternidad y nos explica cómo este pensamiento sólo puede entenderse desde la doctrina ética del meliorismo que compartía con William James y Charles Sanders Perice.

Siguiendo el ensayo, se evidencia que la palabra “democracia” denota en Dewey dos cosas distintas: un sistema de gobierno y una forma de vida. Miguel Catalán nos indica que la que aquí nos interesa es la segunda, de alcance más amplio, porque según Dewey afecta a todos los modos de asociación humana. Para Dewey, la democracia encarna la aplicación a los problemas sociales del método inteligente que se despliega en las investigaciones científicas organizadas. Así,

vemos que existe un fuerte vínculo entre la superación del dualismo sociológico y el ideal democrático. En contraste con la doctrina filosófico-política del liberalismo, que sostiene la idea de una sociedad compuesta por entidades individuales racionales, aisladas y autosuficientes que convendrían en formar una asociación voluntaria de protección mutua, o con la del aristocratismo, que asigna por principio axiomático las tareas de gobierno a un grupo disgregado de la mayoría, Dewey presenta su credencial democrática al entender la sociedad como una comunidad de individuos ya previa y naturalmente imbricados entre sí, los cuales deben su forma de ser a la pertenencia a un todo cooperativo y su capacidad de progreso a la educación igualitaria. En ese modo de organización natural de la sociedad, todos participan y colaboran en las tareas de gobierno del mismo modo que lo hacen en las de subsistencia. El ideal de democracia deweyana se aproxima más a lo que Raymond D. Gastil llama la democracia tribal de los cantones suizos medievales o de las comunidades de Nueva Inglaterra del XVII que a la democracia liberal que sólo se impone en Occidente a partir del siglo XVIII. Miguel Catalán sigue el análisis mostrándonos el rechazo de Dewey a las castas o clases sociales como en otros tiempos, o de élites políticas como en la actualidad; para Dewey su presencia significa reconocer un fracaso ético y a la vez social. En cambio, si el individuo y la sociedad se entienden orgánicamente, “el individuo es la sociedad concentrada” y “cada ciudadano es un soberano”. A menos en el plano del ideal, la forma de gobierno tiene el significado ético rousseauiano de una comunidad espiritual que, cuando se aplique al futuro de las grandes ciudades y la técnica avanzada, Dewey denominará Gran Comunidad.

El tercer dualismo expuesto por el autor es, como indicábamos más arriba, el pedagógico. Nuestra concepción del aprendizaje obedece todavía a un residuo del espíritu dualista de la jerarquía y el dogmatismo medievales. Miguel Catalán nos explica cómo para Dewey, lejos de las pretensiones aislacionistas de la escuela, hemos de educar al niño en un ambiente social. Siendo el aula una especie de sociedad en miniatura, conviene dejar atrás la educación mimética, reiterativa y receptiva que enmarca esos valores residuales y escindidos para poner en marcha una educación activa, integrada y democrática que prepare a los alumnos para la vida económica y política que van a encontrar cuando salgan de la escuela.

En *Democracy and Education* Dewey relaciona la dicotomía entre pensamiento y acción con la enseñanza moral diagnosticando el re-

iterado descuido de aspectos clave para el desarrollo de la persona: la formación del carácter, la apertura mental, el espíritu crítico, y de colaboración. Todos estos valores se juzgaban externos a la inteligencia y, por tanto, a los objetivos explícitos de una educación que buscaba por el contrario la conformidad intelectual del alumno, su aceptación de unos principios o distinciones pensados y aprobados por una infalible autoridad intemporal. Nos recuerda Miguel Catalán que cuando Dewey habla de crecimiento o desarrollo del alumno, siempre se refiere a la evolución conjunta de las capacidades intelectuales y morales. Puesto que la escuela es una institución social, argumentará Dewey, debe organizarse como lo haría una micro sociedad, una comunidad en miniatura o –así la define en *Escuela y Sociedad*– una sociedad embrionaria. Sólo de esa forma podrán los alumnos producir después cambios reales en las instituciones.

Para Miguel Catalán, y en consecuencia de todo lo anterior, la escuela no sólo debe ser democrática, sino que *es* democracia en acción. La educación para la democracia no es sólo enseñanza, sino adquisición natural del gusto por compartir experiencias y del placer de interactuar con nuestros congéneres en tareas dotadas de sentido sentimental y emotivo no menos que cognitivo. El resultado ideal de la *New School* de Dewey sería la democracia moral, uno de los dos términos de la distinción que antes apuntamos entre democracia como forma de gobierno y como forma de vida.

“(...) [...] Sólo a través de la educación puede la igualdad de oportunidades ser algo más que una frase. Solo una educación libre y continuada puede contrarrestar aquellas fuerzas que siempre están trabajando para restaurar, cambiando las formas, una oligarquía de tipo feudal. La democracia tiene que nacer en cada nueva generación, y la educación es su comadrona (midwife)” (pág. 50).

La democracia moral, venero y razón de la democracia política, es una forma de vida caracterizada por un conjunto de hábitos, los cuales pueden ser interiorizados en la fase formativa del individuo del mismo modo inconsciente que se interioriza el hábito higiénico de ducharse por las mañanas. Miguel Catalán nos explica cómo esta noción de democracia moral afecta al menos a cuatro de los ideales impulsados por Dewey: un método social, un ideal psicológico del crecimiento individual, el ideal político de la libertad positiva y, por fin, el ideal político de la experiencia compartida. Dewey vio bien que la educación en la conciencia de la propia dignidad y de los propios derechos en correlación con la dignidad del otro y los derechos del

otro constituían una de las fuentes morales del sistema político. Ya el joven Sutart Mill había señalado que la alfabetización, junto a unos salarios altos, eran dos elementos que al unirse hacían imposible cualquier gobierno excepto el de la opinión pública. La *progressive education* de Dewey impulsaba al alumno a adquirir responsabilidad dentro de la comunidad educativa y solidaridad sobre los requerimientos de sus compañeros, adelantándose así a la responsabilidad que deberá desempeñar cuando contribuya a ajustar los valores comunes en la edad adulta.

Una vez expuestos los tres dualismos (ético, sociológico y pedagógico) que rechaza Dewey, Miguel Catalán pretende mostrarnos el significado político que supone la superación de los mismos, y cómo esta superación se acompaña de la noción de inteligencia social. La democracia no emana de un don natural del hombre, pero tampoco de la pura artificialidad. Los ideales de justicia e igualdad son a la vez naturales y artificiales en Dewey, en el mismo grado en que lo es la propia inteligencia social: productos del desarrollo de la vida comunitaria que ponen en juego una lógica viva de las cosas. Cuando la experiencia compartida es no sólo una propiedad del ser social del hombre, sino el único significado de la experiencia religiosa ligada a las emociones de la comunidad (fraternidad e igualdad principalmente) en un estadio ya inmanentista de la civilización, resulta más comprensible la peculiar alianza establecida por Dewey entre educación activa, creencia racional y acción pública con el fin de integrar nuestra sociabilidad innata en la futura e ideal sociedad democrática.

En el capítulo IV. “El ideal de la democracia participativa”, Miguel Catalán traza el ideal deweyano de este tipo de democracia. En este capítulo y en el siguiente se exponen las ideas políticas de Dewey. Veremos aquí que su idea de democracia conviene, como dice el título del capítulo, al de participativa.

El autor del ensayo comienza este capítulo exponiendo la concepción general que tenía Dewey de la democracia para contrastarla después con la situación histórica que marcó el inicio de su interés por los problemas de la democracia de su país; se refiere al hundimiento de la bolsa de Nueva York de 1929 y a sus consecuencias. Veremos en este apartado cómo Dewey califica el hecho de que la economía dicte sus leyes a los gobiernos como el problema más grave de la democracia. Como consecuencia de este déficit de la inteligencia organizada para controlar los asuntos más importantes de la vida en común, se produce una quiebra democrática. En tercer lugar, Miguel Catalán

examina las causas de las disfunciones que según Dewey presentaba la sociedad de su época, y en cuanto a sus intentos de influir en la marcha de los acontecimientos en pos de una organización política más satisfactoria.

Dewey entiende la democracia en un sentido muy amplio: como un modo de vida en común, el único capaz de desarrollar las facultades propiamente humanas de cada individuo. “La democracia”, escribe Dewey, “es la forma verdaderamente humana de vivir”. Lo decisivo en la democracia no son, siendo importantes, las instituciones que compactan el sistema político, ni tampoco los mecanismos que figuran la acción representativa, sino más bien una característica forma de vida personal, familiar, vecinal y ciudadana (*democracy as a way of life*) que tendrá como efecto el tipo de gobierno llamado democrático. Dewey afirma que las instituciones democráticas no garantizan la existencia de individuos demócratas. Miguel Catalán señala que Dewey dice en “I Believe” que “son los individuos los que garantizan con su cooperación voluntaria y sus iniciativas asociadas la existencia de instituciones democráticas”.

La primacía del carácter moral de la democracia sobre sus diversas configuraciones jurídicas o políticas se encuentra vigorosamente expuesta. Miguel Catalán nos dice que al modo en que Kant transformó la comunión de los santos en el reino de los fines, podríamos interpretar la fe de Dewey en la democracia como una esperanza religiosa secularizada.

“(...) la democracia es la fe en que el proceso de la experiencia es más importante que cualquier resultado concreto, de suerte que esos resultados específicos obtenidos tienen un verdadero valor sólo si se utilizan para enriquecer y ordenar el proceso en marcha. Puesto que el proceso de la experiencia puede ser un agente educativo, la fe en la democracia es lo mismo que la fe en la experiencia y en la educación.” (pág. 60).

Entenderemos mejor el idealismo democrático de Dewey al contrastarlo con el llamado realismo democrático de Walter Lippmann (1889-1974). Lippmann sugería que el pueblo debía mantener las manos fuera de todo gobierno democrático y limitarse a delegar su voto para que los expertos nombrados por sus representantes políticos gobernaran en su lugar. Es imposible una democracia literal o gobierno del pueblo, afirma Lippmann, porque la gente corriente no tiene en general ideas definidas sobre la acción pública, sino estereotipos fácilmente manipulables por los ideólogos.

Dewey contestó a Lippmann de forma organizada en *The Public and Its Problems* (1927): Dewey se mostró de acuerdo con Lippmann respecto a la diagnosis de los males que aquejaban a los electores (pereza, dispersión, desinterés e incompetencia hacia los asuntos de gobierno), pero disentía radicalmente en su tratamiento. Admitió que los ciudadanos de su tiempo no estaban en su mayoría dotados para tomar decisiones técnicas, concretas de gobierno, pero que ese déficit podía y debía subsanarse mediante una educación en el método experimental a partir de los valores de la participación y deliberación democráticas que ya desde la escuela enseñara a los individuos a analizar los hechos de interés común, tomar decisiones y observar los efectos prácticos resultantes. Dewey daba por sentado que excluir de la participación al hombre de la calle resultaba una forma indirecta de suprimirlo como ciudadano. Todo gobierno democrático debía procurar que el pueblo participara en el proceso político en la mayor medida posible; también en ello consistía la democracia.

Miguel Catalán relata cómo después de la controversia respecto al tipo de democracia que defendían, Lippmann siguió siendo considerado un escéptico o pesimista en este punto y Dewey un optimista o idealista, y también participativo o ingenuo. El ideal participativo, nos explica el autor del ensayo, procede de dos fuentes teóricas distintas: por un lado de los escritos políticos de Thomas Jefferson, a quien Dewey definió en cierta ocasión como “nuestro primer demócrata”, y por otro del magisterio científico del biólogo Thomas H. Huxley:

La admiración de Jefferson hacia los *town meetings* de Nueva Inglaterra le llevó a proponer la división de los condados estadounidenses en distritos que pudieran ocuparse del gobierno de sus propios asuntos: milicias, elecciones, asistencia benéfica, carreteras vecinales, nombramiento de jurados, etc. De este modo, Jefferson señalaba de la forma más sencilla la fuente del poder federativo, y Dewey citó con admiración el modelo federal republicano y lo incorporó a su propio ideal político en busca de la Gran Comunidad que superará las condiciones de la Gran Sociedad Anónima y políticamente apática, heredera de una revolución industrial que desarraigó a los trabajadores de sus tierras de origen. Las relaciones interpersonales que se traban de forma espontánea en la vida local deberían poder así articularse en la gestación de los asuntos comunes, de bajo arriba mediante la comunicación pública y el asociacionismo de los

ciudadanos, en todos los niveles de gobierno hasta llegar a ser representadas en la vida política y racional.

La segunda gran influencia en el ideal democrático participativo de Dewey, y de la que nos habla Miguel Catalán, es el esquema biológico de organismo de Thomas Huxley, entendido como unidad surgida de la interdependencia de sus elementos constitutivos. Este será un modelo de integración que a partir del ideal jeffersoniano de gobierno descentralizado también afectará al ámbito sociopolítico. La sociedad sería algo así como el cuerpo de un organismo que se resiente si las partes que lo componen no le ayudan a funcionar como un todo.

El autor nos advierte de que, para Dewey, la participación no basta por sí misma para mejorar las condiciones sociales y políticas. La democracia participativa se transforma así en deliberativa al concretarse en los elementos decisivos del cambio inteligente: comunicación y participación, pero también educación, reflexión y puesta a prueba de las ideas surgidas ante los problemas comunes.

Como decíamos más arriba, Miguel Catalán cierra el capítulo IV, exponiendo la crítica de Dewey de la inadaptación del viejo liberalismo a las nuevas condiciones sociales. El problema reside en que el viejo liberalismo ha sido reducido, no sin cierto grado de astucia, a la intocabilidad de las ganancias privadas y de las relaciones de poder del sector productivo y financiero. De ello se ha derivado una paradójica inversión de valores: quienes ahora invocan la libertad irrestricta de acción económica ante cualquier intento de controlar la economía son precisamente aquellos que quieren conservar un *statu quo* contrario a los intereses de la mayoría. El liberalismo habría pasado de ser una ideología progresista a convertirse en una ideología conservadora. Este abuso de palabras que las ha llevado a significar lo contrario de lo que antes significaban haría necesaria una redefinición de términos como “liberalismo”, “libertad”, “tiranía” o “derechos individuales”.

De la incongruencia entre las disfunciones que según Dewey presentaba la sociedad de su época, y los intentos de influir en la marcha de los acontecimientos en pos de una organización política más satisfactoria, la solución que nos propone Dewey pasa por la democracia participativa o socialista. El *renacent liberalism* propuesto por Dewey debía arrebatar el dominio económico-político a los pocos potentados. De este modo, no pretende eliminar garantía alguna de respeto a los derechos individuales. Su ideal de experiencia compar-

tida recobrada no ha de lograrse a costa de una sola pérdida de autonomía personal, sino animando a los ciudadanos a participar en la formación de los valores que rigen en su sociedad.

La política democrática (participativa y deliberativa) entendida como inteligencia social debe empezar a regir y dar normas a las fuerzas económicas que actúan en su propio beneficio al margen de toda otra consideración para evitar sus efectos antisociales, pues la libertad de los ciudadanos sólo es tal en la medida en que éstos tengan poder para actuar. Miguel Catalán explica que la libertad no es una oportunidad o capacidad más o menos abstracta, sino ejercicio efectivo o de hecho. El autor recurre a la distinción de Isaiah Berlín para mostrar que la noción de libertad de Dewey es más bien positiva que negativa. Sólo de esta forma, para Dewey, el liberalismo político del XIX que pretendía descargar al individuo del yugo de la tiranía del Estado dejará de estar secuestrado por el liberalismo económico que, so capa de liberalismo liberador, o aun libertario, pretende mantener los privilegios arbitrarios obtenidos en ausencia de un Estado vigilante que vele por los derechos de los más débiles.

Respecto al liberalismo de Dewey, un elemento de importancia fue la evolución de su postura respecto al comunismo de Estado contemporáneo. Dewey prestó mucha atención a la Revolución rusa, vislumbró en sus primeros resultados un experimento social de primer orden que podría cambiar la historia. Sin embargo, Miguel Catalán nos relata cómo Dewey se fue distanciando del comunismo desde los primeros años treinta, cuando supo de la represión política y de las depuraciones ideológicas llevadas a cabo por Stalin, así como de la interrupción de aquellos experimentos sociales que pudieran hacerle perder el control de los acontecimientos; cuando, en fin, se despejaba el camino hacia el totalitarismo.

Desde su radicalización anticapitalista a causa del *crack* del 29, John Dewey participó durante los años treinta en una serie de intentos de llevar a la práctica una democracia socialista que, respetando los valores liberales tradicionales, contribuyera al reparto real de la libertad (del poder) económico. Pretendía materializar esos ideales radicales siguiendo el método establecido de acceso al poder de las democracias liberales: las elecciones libres. A tal fin cooperó activamente en el intento de crear un tercer partido formado por liberales y socialistas que superara la “alianza republicano-demócrata” que impedía el acceso al poder de nuevos partidos. Dewey propone reclamar el voto de los trabajadores y de las mujeres, pero también de los

profesionales de clase media. Solicitó al secretario nacional del Partido Socialista norteamericano, Clarence Senior, que se incorporara con los suyos al proyecto del tercer partido, y a ese efecto le pidió que abandonara el término “socialista” que tanto rechazo suscitaba entre los votantes norteamericanos. Los socialistas declinaron la oferta. Aquella renuncia, nos relata Miguel Catalán, trabajó los planes de Dewey, quien sin embargo, siguió defendiendo su idea del socialismo democrático hasta el final de su vida.

En el capítulo V, “Pluralismo, tolerancia y democracia”, el Profesor Miguel Catalán pone en relación el pluralismo de Dewey con las cuestiones derivadas de la inmigración. Sigue, por lo tanto, abordando problemas muy actuales de la organización política, como el pluralismo y el nacionalismo.

El autor describe cómo en los primeros decenios del siglo XX que cierta historiografía norteamericana demarca como Era Progresiva, se desarrolló un proceso de endurecimiento legislativo y de movimientos xenófobos (y hasta racistas, como muestra el renacimiento del Ku-Klux-Klan en los años veinte o la doctrina contemporánea de la superioridad blanca), y se produjo un debate académico, político, y social sobre el sentido de la ciudadanía norteamericana, la capacidad de asimilación cultural y los límites de la inmigración. Estos acontecimientos, nos explica Miguel Catalán, hicieron de Estados Unidos no sólo un laboratorio sociológico, sino también un banco de pruebas político para los problemas suscitados después en otros lugares a raíz del proceso de mundialización y, en especial, para el problema normativo de cómo conciliar los intereses de todos los ciudadanos de un mismo país cuando entran en conflicto diferentes concepciones de bien a partir de diversos grupos étnicos o nacionales con distintos grados de integración social.

En este sentido, el propósito de Dewey durante el primer cuarto de siglo fue promover una democracia multiétnica que eliminara las consideraciones de raza y nacionalidad a propósito de naturalización y educación ante las comunidades de los eslovacos, checos, serbios, croatas o polacos que estaban asentándose en el país. El reconocimiento del pluralismo cultural de la nación como un valor positivo del que los estadounidenses debían enorgullecerse ante los demás pueblos constituía un aspecto capital de su ideología de puertas abiertas a los inmigrantes y de respeto a su lengua y costumbres como base de un nacionalismo estadounidense de carácter interracial. Pero este propósito, necesitaba de un trasfondo filosófico en cuyo pilar se en-

cuentran los conceptos de tolerancia y nacionalidad: El fondo filosófico del pluralismo cultural pragmatista radica por una parte en el fomento de la variedad y en el rechazo de la unanimidad y uniformidad que encontramos ya en el pensamiento de Charles S. Peirce y en especial en su sinequismo, es decir, en la doctrina según la cual el mundo se compone de regularidades contingentes caracterizadas por la continuidad. Por otra parte, reposa también en el pluralismo metafísico de William James; en su oposición frontal al monismo y al racionalismo. Miguel Catalán nos recuerda los textos de Dewey:

“El concepto de uniformidad y unanimidad en la cultura es bastante repugnante (...) La variedad es la sal de la vida, y la riqueza y el atractivo de las instituciones sociales dependen de la diversidad cultural de diferentes unidades. En la medida en que las gentes son todas iguales, no hay toma y daca entre ellas. Y es mejor dar y tomar” (pág. 89).

El autor del ensayo nos indica que sobre las diversas formas de vida en contacto mutuo, por muy distintas que sean, para Dewey ha de regir el principio de transformación cooperativa de la investigación inteligente. La democracia misma sería un método para la mediación de conflictos, necesarios como punto de partida pero superables mediante la adquisición de nuevos hábitos más eficaces para resolver los problemas comunes a través de la puesta a prueba de teorías e hipótesis. Ciertamente algunos conflictos pueden devenir trágicos, es decir, insuperables, pero ello no significa que todo conflicto sea por sí insuperable o trágico. El consecuencialismo y el empirismo de la ética pragmática implican, pues, una abierta disposición a aceptar la posible validez de las perspectivas ajenas.

Miguel Catalán explica cómo la escuela de filosofía norteamericana por excelencia, como se ha denominado en ocasiones al pragmatismo, tenía en casa el mayor ejemplo de su propia doctrina; pues la nacionalidad norteamericana carecía en cierto modo de esencia étnica. En toda comunidad política futura según el cosmopolitismo liberal-pragmatista, se requiere, más que una tolerancia de carácter negativo que se limita a soportar aquello que destruiría si pudiera, una apertura mental y práctica a valores ajenos. Tal apertura debía estar sometida al dictado de los hechos (la coexistencia de dos o más comunidades en un mismo territorio) y vinculada al sentido antropológico de la democracia como la forma más difícil e inteligente de la organización política, por encima de las rígidas separaciones de la sociedad tradicional. A este efecto, nos dice el autor, Dewey distin-

guió pronto entre el sustantivo negativo *toleration*, que corresponde a aguantar o soportar, y el positivo *tolerance*, que equivale a aceptar y respetar.

De esta forma, Dewey se encuentra con dos conceptos de tolerancia: una positiva y otra negativa. En ciertos lugares Dewey asocia la tolerancia negativa con una actitud pasiva, y la tolerancia positiva con una actitud activa, pues precisamos de la energía para salir del propio círculo.

De igual forma realiza la distinción entre dos significados distintos del concepto de nacionalidad y, por tanto, de nacionalismo. El punto de partida y de llegada del primer concepto de nacionalidad lo marcaría la homogeneidad, sobre la base de la raza y de la unidad de sangre, y viene a exigir que la nacionalidad se transforme en un Estado (“toda nación exige un Estado”). Dewey había escrito en “*Nationalizing Education*” (1916) que todo nacionalismo homogéneo conlleva en sí el mismo conflicto, al resultar demasiado fácil para los gobernantes el despertar el odio latente y el desprecio hacia los grupos menos integrados del propio país y hacia las naciones vecinas a fin de mantenerse en el poder o ampliar el territorio. La Primera Guerra Mundial podía entenderse como un conflicto causado por ese mismo sentido de nacionalismo homogéneo, que era el propio de los pequeños países de Europa.

Sin embargo, nos dice Miguel Catalán, Dewey describió un segundo tipo de nacionalismo, el heterogéneo, basado en la convivencia y la interpenetración cultural, y era el que resultaba adecuado a la existencia de los Estados multinacionales.

Dewey propuso inculcar en las jóvenes generaciones, desde la escuela pública y con independencia de su nacionalidad de origen, clase social o raza, la idea de que la nación estadounidense era intrínsecamente compleja y compuesta, interracial e internacional. Esta idea del *ethos* compuesto de la democracia autóctona tenía en cuenta el hecho de que el país había sido construido *por* los inmigrantes, la peculiaridad del nacionalismo estadounidense *era* el internacionalismo. Miguel Catalán retoma las palabras de Dewey:

“Si ha de existir una paz duradera, debe ser como reconocimiento de los derechos culturales y privilegiados de cada nacionalidad, el derecho a su propia lengua, literatura, ideales, visión moral y espiritual del mundo, su completa libertad religiosa, y tanta autonomía política como puede resultar consistente con el mantenimiento de la unidad social general” (pág. 95).

Para Miguel Catalán, la doctrina de puertas abiertas propugnada por Dewey respecto a la inmigración formaba parte, como hemos visto, de su ideal de democracia multicultural y transnacional. Ahora bien, nos advierte el autor, no todos pensaban como Dewey tras el drástico aumento de inmigración de principios del siglo XX. Frente a la realidad de los inmigrantes que primero fueron víctimas y después verdugos de quienes llegaron más tarde (los irlandeses, por ejemplo, antaño odiados como inmigrantes pobres, se mostraron especialmente celosos en perseguir más adelante a los chinos en la Costa del Pacífico), la visión Deweyana liberal de la peculiaridad norteamericana, en cambio, nunca abandonó del todo el espíritu ilustrado de emancipación de las tiranías políticas y, por tanto, la concepción de George Washington según la cual Estados Unidos debía constituir un lugar de asilo para todos los oprimidos y perseguidos de todas las naciones del mundo. Ante la exigencia oficial de los *literacy tests*, Dewey propuso eliminar tanto el analfabetismo nativo como el sobrevenido, sin dejar de admitir a las personas que quisieran entrar en el país, fueran o no capaces de leer y escribir.

En parte como respuesta a la acusación de demócrata optimista o ingenuo, Dewey indicó que el Estado se encuentra en la obligación de intervenir allí donde las actividades de un grupo pongan en riesgo el interés público con sus prácticas antidemocráticas; la naturaleza inclusiva del Estado significa solo que las autoridades públicas (incluyendo, desde luego, a los legisladores) deben actuar con el fin de fijar aquellas condiciones bajo las cuales ha de operar toda asociación. Ahora bien, Dewey rechaza la noción pluralista radical de que el Estado era o debía ser un mecanismo neutral diseñado para resolver conflictos entre grupos sociales y la reemplazaba por una concepción del Estado como *organizador* de lo público.

Para algunos, esta facultad reguladora del Estado en favor de la ciudadanía afectada por las decisiones legislativas amenazaba la dimensión liberal del sistema político, pero Dewey no quería establecer una limitación por ley de la actividad estatal, puesto que en ciertas situaciones la imposibilidad de intervenir por parte del Estado iría en detrimento del interés público. El Gobierno Federal debía limitar o ampliar sus cometidos en función de las circunstancias y se hallaba siempre cualificado para intervenir en asuntos que pusieran en peligro no ya la propia existencia del país, sino también los valores comunes de convivencia. Dewey no estaba dispuesto a garantizar a grupos privados derechos inviolables que limitaran el poder del Es-

tado para proteger el interés público. En este sentido, los valores de la igualdad y la libertad individual de la democracia estadounidense tenían preferencia sobre cualquier peculiaridad étnica o cultural.

Ahora bien, la tesis de que la democratización podía lograrse mejor de forma natural y pragmática, desde dentro, mediante la educación pública en una escuela que debía ser también un centro de integración social además de un lugar de instrucción, y sólo excepcionalmente mediante las restricciones legales o administrativas, permaneció inalterada.

Miguel Catalán nos muestra cómo los actuales debates sobre multiculturalismo en un momento de creciente movilidad de la población mundial adquieren un nuevo aspecto cuando se los considera a la luz de las bases propuestas por Dewey y otros pensadores liberales en el primer cuarto del siglo XX. Sólo en aquel periodo la presión migratoria en un único país ha sido comparable a la que hoy experimentan los países ricos en su conjunto. Inspiradas en los principios de igualdad jurídica y respeto a la diversidad cultural en el seno de una democracia unitaria, tales bases contribuyeron a inspirar los cambios legislativos estadounidenses de los decenios sesenta y setenta del siglo XX.

Para finalizar, en el capítulo VI, “Una mirada retrospectiva. A modo de conclusión”, Miguel Catalán pretende vincular el tiempo de Dewey con el actual. La obra política de Dewey es hija de su tiempo y, en concreto, de la Gran Depresión. Aunque desde los años ochenta del siglo XX se observó una recuperación de la figura filosófica de Dewey tanto en América como en Europa, la revitalización de su pensamiento político que observamos en estos últimos años obedece en parte a la similitud observable entre su tiempo y el nuestro.

La enorme desigualdad social generada por un sistema abusivo e irracional que denunció Dewey como causante de los males del sistema político social norteamericano vuelve a reproducirse en el mundo globalizado que hoy habitamos. Un mundo en el que la diferencia de ingresos entre los más ricos y los más pobres ha llevado a que en un escaso 0,001% de la población acumule un tercio aproximado de la riqueza total. El autor del ensayo describe cómo en el juego de la ruleta financiera internacional, la “libre” apuesta al alza de unos pocos especuladores en Frankfurt o Wall Street con el precio futuro del trigo o el maíz condena a morir de hambre de una semana para otra a decenas de miles de personas en África y Asia, y la industria de armamento de las principales potencias occidentales vende armas a

la vez que a los gobiernos y los insurgentes de pequeños países del tercer mundo cuyos habitantes se ven masacrados u obligados a las migraciones masivas que reproducen los medios de comunicación con el nombre de crisis humanitarias. Tanto en esa esfera internacional como en la nacional se produce el predominio moral y políticamente insostenible de unas pocas grandes empresas sobre cualquier criterio de previsión inteligente.

Por ello, ante esta nuestra situación actual de depresión económica, desigualdad social y debilidad política ante la fuerza irracional y antisocial de las fuerzas financieras, no pocas miradas se han vuelto a los libros y artículos de protesta, intervención y doctrina de Dewey.

Algunos de los más graves problemas que Dewey denunció continúan irresueltos noventa años después. Miguel Catalán nos menciona la dispersión y atomización de unos ciudadanos que se entregan a la indiferencia del consumismo en respuesta a su nulidad política y la supeditación de los comunes intereses sociales a los particulares intereses minoritarios. La subordinación de las relaciones sociales y políticas a las relaciones de mercado se ha acrecentado, con sus innumerables dramas consiguientes. La influencia de las grandes empresas, lo que Jürgen Habermas llama la lógica de las relaciones públicas; la identificación del problema del choque constitutivo entre democracia y capitalismo persiste en nuestro tiempo, como muestra la reciente denuncia de lo que ha denominado Ronald Dworkin la tradición americana de la gran desigualdad que la mayoría sigue dispuesta a aceptar como tolerable. Siguen vigentes la pleitesía de los grandes partidos políticos a los bancos que financian sus campañas y luego obtienen beneficios legislativos antisociales. Hablando en general, persiste el imperio del subsistema económico sobre el político.

Dewey pensaba que era necesario aplicar lo que denominaba inteligencia social de la democracia también al ámbito económico, y que esa aplicación no podía alejarse demasiado de cierta forma de socialismo; un socialismo liberal que tendría la misión de humanizar el sistema productivo respetando los derechos individuales de orden tanto político como civil generados por la tradición liberal de Occidente.

Para Miguel Catalán, el atractivo que ejerce el modelo de la democracia participativa, incluyendo su fase avanzada deliberativa, entre un número creciente de ciudadanos descontentos con un rígido sistema partidocrático adjunto a la oligarquía empresarial y financiera por los caminos de las ocultas componendas y los inconfesables *do*

out des no se ha inspirado principalmente en Dewey, pero sin duda este se sentiría confortado de conocer el auge de los nuevos movimientos sociales contra la esclerosis de un sistema político que para mejor vivir de espaldas al pueblo se refugia en los sucesivos y contradictorios dictámenes de una teoría económica incapaz de prever las debacles humanitarias y que aún así olvida introducir el sufrimiento de las personas entre las cuantiosas variables de sus cálculos; la introducción de la estructura en red de la gobernanza para evaluar con criterios de inteligencia compartida (técnicos, objetivos y medibles); la calidad democrática de los diferentes Estados, así como las nuevas técnicas de computación y comunicación horizontal, o las posibilidades abiertas por la vía cibernética en las sociedades actuales a gran escala para llevar a cabo referéndums, consultas ciudadanas frecuentes o propuestas de cambios legislativos o ejecutivos a través de iniciativas digitales. Todas estas nuevas formas de control, presión, participación y deliberación ciudadanas han encontrado en los electores interesados el mayor empuje para transformar en un sentido democrático deweyano un sistema de autoridad que con frecuencia ha pretendido reducirlos a espectadores pasivos de los sucesos que más les afectan.

Finaliza el autor recordando que el *Ethos* del público democrático no puede estar basado en el modelo elitista de la “multitud” o la “masa” indistinta que debe mantenerse separada por un abismo lógico y práctico de los “expertos” y “estadistas” que supuestamente actúan de forma sabia y benevolente sino más bien en una mayoría que pregunta, opina y exige; que participa en la elección, deliberación y toma de decisiones respecto a los asuntos de interés común. Por decirlo en términos negativos del propio Dewey:

“Todo gobierno en que los responsables políticos no se vean impelidos por sus electores a tomar en cuenta las necesidades cotidianas de estos no puede ser otra cosa que una oligarquía gestionada por el interés de unos pocos” (pág. 113).

Raquel Díaz Seijas
Universidad de A Coruña
e-mail: <raquel.dseijas@udc.es>